

EL ÁNGEL DE LA ABUELITA

Por *Marsha Cameron*

CON la melodía de un himno de Navidad de Handel titulado "¡Al mundo paz!" sonando en mis oídos, me senté en el borde de la cama y me puse los zapatos. "Ahora mi cabello. Si no me apresuro papá se va a..

-Aprovechemos el tiempo -dijo el papá hablando hacia el cuarto donde estaba Marsha, con cierto tono de impaciente en la voz.

-Me estoy apurando todo lo que puedo. Todavía es temprano -respondí-. No llegaremos tarde.

Y seguí batallando con un mechón de cabello indomable.

-¿Necesitas ayuda? -preguntó mamá, entrando en el cuarto.

-No; pero ¿por qué tenemos que salir tan temprano? Siempre somos casi los primeros en llegar. ¿le hará daño a alguien si hoy salimos diez minutos más tarde?... Todavía llegaremos temprano.

-No te impacientes ni te enojas con papá. El quiere solamente asegurarse de que todo saldrá bien en la escuela sabática. Hoy tiene un programa especial de Navidad.

-Sí, lo sé, y lo siento -respondí-. Y tratando de calmarme, miré por la

ventana al paisaje iluminado por la luz del sol. Es Navidad, pensé pero parece época de primavera. No necesito usar mi abrigo. Tomé entonces la cartera, y la Biblia, y me dirigí a la puerta.

-¿Lista? ¡vamos! -dijo el papá.

-¡Ah, hermana, qué elegante! ¡Aunque te haya llevado la mitad de la mañana para vestirme!

Para evadir el objeto que le voló a la cabeza, mi hermano Carlos se escondió detrás de la puerta y luego corrió hacia el automóvil.

- ¡Los hermanos son imposibles! ¿No pueden hacer otra cosa que molestar?

Ocupé entonces mi lugar en el automóvil, exasperada, planeando desquitarme.

-¡Cómo está el tránsito esta mañana! -exclamó papá al ver que avanzábamos lentamente en la carretera-. ¡Me parece que todos los automóviles del lugar están en la carretera!

-Tranquilízate, querido. Llegaremos a la iglesia bien a tiempo -dijo mamá.

-¿Dijo abuelita que traería algunas de sus poinsetias para poner en la plataforma hoy? -pregunté.

-Sí -respondió mamá-. Tiene dos arbustos que están llenos de flores. Darán mucho realce al programa. ¡Y ella las trae con tanto placer!

-No sé lo que la iglesia haría sin abuelita -comentó el papá-. El culto en la iglesia no sería lo mismo sin sus flores cada semana. ¡Ella es una verdadera joya!

-Me encargaré de ellas como de costumbre -dije, sintiéndome un tanto culpable, y preguntándome si quizás mi contribución semanal de arreglar las flores sería necesaria esta vez. Quizás abuelita ya habría llegado a la iglesia y arreglado las flores ella misma.

Tan pronto como el automóvil entró en la plaza de estacionamiento y se detuvo el motor, salí de él y me adelanté a los demás, determinada a

rectificar mi demora. Pero noté algo extraño. Al acercarme a la puerta de entrada de la iglesia oí un murmullo de excitación. Cuando ascendí los escalones y entré en el vestíbulo, el murmullo se cambió en un cuchicheo, y finalmente en un doloroso silencio.

Para entonces mi familia me había alcanzado, y estando allí juntos, notamos que todos los ojos se volvieron hacia nosotros. Un terrible temor se apoderó de nosotros. ¡Algo había ocurrido!

Los que estaban allí desaparecieron. Desde donde estábamos pudimos ver claramente por la puerta abierta, los escalones que conducían al subsuelo.

La sangre se me heló y a mi alrededor, todo comenzó a dar vueltas.

Al pie de los escalones yacía abuelita, encogida, en el suelo, y abuelito, con su amado rostro pálido y



delgado, estaba inclinado a su lado.

No pude moverme. Me sentí entumecida por el temor, un temor que no me abandonó durante dos meses desgarradores.

Perdí la noción del tiempo. Los gritos de dolor que dejaba escapar mi abuelita, las palabras tranquilizadoras aunque vacías de gente bien intencionada, la consoladora oración del pastor, el espectáculo de la ambulancia que llegó a la iglesia, y la acción rápida y segura del médico, todo me pareció una película proyectada sobre una pantalla de televisión.

"¡No puede ser cierto! Tengo una pesadilla," pensé. ¡Pero, era cierto!

"Señor. ayúdala -rogué-. ¿Por qué tuvo que suceder esto? Ayúdala. ¡Te ruego que la ayudes!"

Todo lo que pude hacer fue pronunciar esa oración vez tras vez. El temor se había apoderado de mí de tal manera, que oraba automáticamente, sin darme cuenta de lo que decía.

Entonces oí que mamá me hablaba.

-Querida, ¿acompañarías a abuelito al hospital para ayudarle a internar a abuelita?

La voz de mamá era tranquila y firme, y ayudó a que me calmara.

-Tengo que ayudar a papá con la escuela sabática, pero en seguida estaremos allí. Si no sientes deseos de ir, está bien. Pero me parece que podrías ser de ayuda para abuelito.

Asentí con la cabeza y me encaminé a la puerta. Afuera me encontré con abuelito, y salimos hacia el hospital, que quedaba a dos cuadras.

Antes de que la ambulancia se alejara de la acerca, oí que el médico le decía a abuelita: "No se preocupe, Sra. Stevens. Con tantas personas que están orando por Ud., se mejorará. Dentro de muy poco tiempo estará bien y andando. Después de contestar todas las preguntas y llenar todos los formularios, traté por fin de poner en orden todas las piezas del cuadro que se había hecho añicos esa mañana.

En mi imaginación pude ver a abuelita cuando llegaba a la iglesia con un ramo de poinsetias.

Indudablemente me buscó para que le ayudara, y como no me vio por allí, decidió arreglarlas ella misma.

En camino a la cocina de la iglesia, las flores oscurecieron su visión, perdió pie en la escalera del subsuelo, y cayó, quebrándose la cadera. ¡Oh, por qué no habré estado allí!

-Probaremos con tracción durante un par de días y veremos qué ocurre -dijo el médico y colgó de nuevo la ficha de abuelita a los pies de la cama.

- ¿Tracción, doctor? -preguntó Carlos-. ¿Qué quiere Ud. decir?

-Bueno, simplemente significa acomodar un miembro en una cierta posición y mantenerlo tirante con pesas y correas. Eso ayudará a los huesos rotos a soldarse bien, y el miembro no quedará deformado.

-¿Cree Uh. que eso resultará? -preguntó ansiosamente mamá.

El médico no contestó en seguida, y cuando lo hizo pareció no estar muy seguro -

-Esperemos que así sea. Operaremos si es necesario, pero me gustaría recurrir a la operación como último recurso.

Esa noche no pude dormir. Quedé despierta, cavilando. ¿Era responsable del accidente? ¿Podría haberlo evitado? ¿Por qué permití que mi vanidad me hiciera demorar? ¿Por qué no habré estado lista a tiempo? Yo tendría que haber ido a la cocina de la iglesia, y no abuelita.

Di vueltas y vueltas en la cama. De pronto sentí un toque suave en el hombro. Mamá estaba inclinada sobre mí, y antes de que me diera cuenta de lo que ocurría estaba en sus brazos, exteriorizando entre sollozos mis temores y mi sentimiento de culpabilidad.

Nadie puede consolar como una madre, y ella no me falló esa vez.

-¿Recuerdas ese texto que abuelita cita tan a menudo? -Me preguntó-. ¿El que se encuentra en Salmo 34: 7

"El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende"? Abuelita siempre ha creído esa promesa. Sé que para nosotros ha sido fácil escucharla y dejar que las palabras nos entraran por un oído y salieran por el otro; pero pienso que ahora debiéramos comenzar a tomarlas literalmente y reclamar su promesa como nuestra. Quizás ese texto sea el que necesitamos para encontrar consuelo y serenidad.

Las dos guardamos silencio, por un momento.

-Dios tiene un propósito en cada cosa que ocurre -me aseguró mamá-. Quizás nunca conozcamos el propósito que él tiene en relación con este accidente. pero siempre debiéramos creer que nos ama y que hará lo mejor para los que lo aman.

Antes de mucho el médico se dio cuenta de que la tracción no ayudaba .i abuelita. La posición incómoda en que tenía la pierna, le producía a abuelita terribles dolores con cada movimiento que hacía. Y a los dos días los médicos llegaron a la conclusión de que tendrían que operarla.

Las horas que abuelita pasó en la sala de operación fueron muy difíciles para todos nosotros. De pronto, sonó el teléfono. Mamá levantó el receptor con manos temblorosas. Era abuelito. "Todo está bien. Salió de la operación tan bien que los médicos apenas pudieron creerlo. ¡Gracias a Dios!" Más tarde, cuando hablamos con el médico, él explicó:

-Parte del hueso se había fracturado en centenares de pedacitos. Pero creo que podrá caminar de nuevo. Naturalmente, no será en seguida. pero algún día...

A medida que los días se tornaban en semanas y abuelita seguía mejorando, todos esperábamos que de un momento a otro el médico la diera de alta. Por fin un día dijo que pronto saldría. ¡Cuán felices nos sentimos entonces!

-¡Abuelita, irás a casa! -dije abrazándola. Mis temores comenzaron a desvanecerse, y un maravilloso sentimiento de paz alivio inundó mi corazón adolorido.

Pero no... no todavía.

-¿Cómo está Ud. esta hermosa mañana, Sra. Stevens? -preguntó la enfermera a abuelita dos días más tarde-. Se la ve un poquito cansada. ¿No durmió bien?

-Sí, dormí bien. Pero creo que la pierna sana está doliendo porque siente simpatía por la enferma.

¿Puede darse algo así? -sonrió débilmente la abuelita.

-He oído hablar de esa clase de dolores, pero no sé si realmente ocurren. Veamos.

Cuando la enfermera sacó las vendas, todos recibimos un shock al ver que la pierna de abuelita se había hinchado hasta alcanzar dos veces su tamaño normal.

Fingiendo no preocuparse la enfermera dijo:

-No creo que haya nada de que alarmarse, pero llamaré al médico y él podrá echarle una mirada.

-¡No puede haber nada malo, siendo que vas a casa dentro de dos días! -se adelantó Carlos.

En cuanto a mí, quedé muda. El corazón se me subió a la garganta, y no pude pronunciar palabra.

-No se preocupen ahora -dijo abuelita-. Si hay alguna otra cosa que está mal. tendremos que aceptarla como la voluntad de Dios. El me ha cuidado hasta ahora, y ahora no me abandonará.

El médico llegó, y su opinión fue de que dentro de las venas de abuelita se había formado un coágulo de sangre que estaba bloqueando el paso de la corriente sanguínea.

Nuevamente el temor se apoderó de mí. Y otra vez mi mente se llenó de pensamientos atormentadores de culpabilidad. ¡Si tan sólo me hubiera apresurado!

Si el coágulo se soltaba, y eso podía ocurrir en cualquier momento, sería arrastrado por la corriente sanguínea hacia el corazón. Y si se detenía allí,

-y era muy probable que eso ocurriera al llegar a los angostos conductos del corazón- abuelita moriría. , . sin más... ¡en unos dos segundos!

Los médicos trabajaron febrilmente, tratando de disolver el coágulo en la sangre, así como un terrón de azúcar se disuelve en el agua. Emplearon todas las medicinas en que pudieron pensar, recomendadas para disolver coágulos de sangre, pero ninguna de ellas surtió efecto.

Todo parecía perdido. Día a día veíamos como abuelita empeoraba -

¿Orar? ¡Oh, cómo oramos! Pero aun las drogas nuevas no surtieron ningún efecto. "Oh Dios -rogué-, dame la oportunidad de hacer algo especial por abuelita.., y por ti. ¡No permitas que muera por mi culpa!"

Una noche, ya tarde, después de lo que había sido un día largo y difícil, dejamos el hospital para ir a casa. Parecía que ya no había ninguna esperanza. Aunque queríamos creer que nuestras oraciones eran oídas, el temor parecía dominarnos.

Al día siguiente, de mañana muy temprano, mamá y papá, mi hermano y yo recorrimos el viejo camino familiar que conducía al hospital, ascendimos por el lento ascensor, y recorrimos luego el corredor interminable. Con mano temblorosa papá abrió la puerta.

-¡Buenos días! -saludó el médico-. ¡Quiero que sepan que esta señora ha confundido a la profesión médica! Ha mejorado tanto durante la noche que no tengo ninguna explicación médica para su caso. Parece un milagro.

Entonces, tranquilamente, la voz de abuelita rompió el silencio.

-Y fue un milagro, doctor.

Con sólo mirarla nos convencimos de que era verdad lo que decía.

Aunque todavía se sentía muy débil, su voz había recuperado su cadencia, y sus mejillas su tinte habitual.

-Creo con todo mi corazón que anoche Dios envió un ángel para sanarme. ¿Recuerda su promesa? "El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende". Eso es lo que él hizo por mí anoche. El coágulo se disolvió, y la hinchazón se ha ido, estoy curada.

La profunda convicción que había en su voz y en nuestros corazones no dejó ningún lugar a duda. No importa lo que otros pensarán, sabíamos que "el ángel de Jehová" había salvado a abuelita.

Y yo resolví firmemente que siempre estaría temprano para la escuela sabática por el resto de mi vida.